

# EL ROSTRO DE LA INMENSIDAD

*FRED SABERHAGEN*

Cuando pasaron cinco minutos sin ningún cambio apreciable en su situación, Karlsen comprendió que podría continuar viviendo aún durante un rato. Y tan pronto como sucedió esto, tan pronto como su mente se atrevió a abrir de nuevo los ojos, como si dijéramos, empezó a ver a su alrededor las profundidades del espacio y lo que tales profundidades contenían.

Siguió luego un breve período durante el cual parecía incapaz de moverse; pasaron unos minutos durante los cuales creyó que se volvería loco.

Iba en una lancha que era como una burbuja cristalina de unos cuatro metros de diámetro. Las circunstancias de la guerra le habían dejado allí, a medio camino de la ladera gravitacional más empinada del universo conocido.

En el invisible fondo de aquella ladera, había un sol tan inmenso que no podía escapar de él ni un quantum de luz con una longitud de onda visible. En menos de un minuto, él y su vehículo habrían caído allí, a una distancia inconmensurable del espacio normal, intentando huir del enemigo. Karlsen había dedicado aquel minuto a la oración, logrando algo parecido a la calma, y considerándose ya muerto.

Pero transcurrido el minuto, se dio cuenta de pronto que ya no caía. Parecía haber entrado en una órbita..., una órbita que ningún hombre había recorrido hasta entonces, en medio de escenarios que ningún ojo había visto jamás.

Viajaba sobre una tormenta que luchaba con un crepúsculo..., un incesante y mudo torbellino de fantásticas nubes que llenaban la mitad del cielo como un planeta próximo. Pero aquella masa de nubes era inconmensurablemente mayor que cualquier planeta, más inmensa incluso que la mayoría de las estrellas gigantes. Su centro y su causa era un sol hipermasivo, mil millones de veces más pesado que el sol terrestre.

Las nubes eran polvo interestelar barrido por la fuerza de atracción de la hipermasa; al caer acumulaban electricidad estática que se descargaba en rayos casi continuos. Karlsen veía como descargas blancoazuladas los rayos más cercanos; pero la mayoría de ellos, como la mayoría de las nubes, estaban debajo de él, muy lejos, y casi toda su luz era de un rojo apagado, agotada al escalar sólo un sector de aquel precipicio gravitacional.

El pequeño vehículo de Karlsen tenía gravedad artificial propia, y no cesaba de girar para que la cubierta quedase debajo, así que Karlsen vio bajo él la luz roja a través de la cubierta traslúcida, llameando entre sus pies protegidos por las botas espaciales. Se sentó en un gran sillón que estaba fijado al centro del vehículo y que contenía los controles de éste y la maquinaria del sistema de apoyo de vida. Bajo la cubierta había uno o dos objetos opacos más, uno de ellos un motor espacial pequeño pero potente. Todo lo demás que había alrededor de Karlsen era cristal transparente, que retenía el aire y le protegía de las radiaciones, pero dejaba sus ojos y su alma desnudos ante las profundidades de espacio que le rodeaban.

Cuando se recuperó lo suficiente para moverse de nuevo, tomó aliento y probó el motor, intentando elevarse y salir de allí. Tal como esperaba, no lo logró. Era como si hubiese intentado utilizar los pedales de una bicicleta

Hasta un leve cambio en su órbita habría sido inmediatamente visible, pues su vehículo estaba como empotrado entre un estrecho cinturón de rocas y polvo que se estiraba como un hilo cercado la inmensidad que había debajo. Antes que el hilo pudiese inclinarse perceptiblemente sobre su gran círculo, perdía su identidad en la distancia, fundiéndose con otros hilos en una faja más espesa. Ésta, a su vez, enlazaba con otras fajas en un cinturón más voluminoso, y así sucesivamente, aumentando progresivamente el tamaño, hasta que al final (¿ciento sesenta mil kilómetros más allá?, ¿un millón?) se percibía la primera flexión de aquella gran forma anular; y luego el arco, arcoirizado entonces por los relámpagos, se hundía rápidamente, desapareciendo bajo el horizonte terrible del sudario de polvo de la hipermasa. Las fantásticas formas nebulosas de aquel horizonte que Karlsen sabía a millones de kilómetros de distancia, iban aproximándose mientras él las contemplaba. Tal era la velocidad de su órbita.

Su órbita, sospechaba, debía ser aproximadamente de las características de la de la Tierra alrededor del Sol. Pero a juzgar por el ritmo al que giraba la superficie de las nubes bajo él, completaría un circuito entero más o menos cada quince minutos. Era una locura superar la velocidad de la luz en espacio normal..., pero, en fin, era evidente que allí el espacio no era normal. No podía serlo. Aquellos hilos de polvo y roca orbitando disparatadamente indicaban que la gravedad se había distribuido en líneas de fuerza, como el magnetismo.

Los hilos de desechos orbitantes que rodeaban a Karlsen viajaban más despacio que él. En los hilos más próximos que había debajo pudo distinguir rocas individuales, que pasaban ante él como los dientes de una sierra. Su mente se encogió ante aquellos dientes, ante su infinidad en velocidad, distancia y tamaño.

Sentándose en su silla miró hacia las estrellas. Se preguntó vagamente si estaría haciéndose más joven, moviéndose hacia atrás en el tiempo del universo del que había caído... No era matemático ni físico, pero concluyó que no. Era algo que el universo no podía hacer, ni siquiera allí. Lo más probable era que en aquella órbita envejeciese muy lentamente en comparación con el resto del género humano.

Se dio cuenta que aún seguía encogido en su silla como un niño asustado, aferrándose con fuerza a los brazos del asiento. Procuró relajarse, empezó a pensar en cuestiones cotidianas. Había sobrevivido a cosas peores que aquel despliegue de la naturaleza, aunque nunca había visto algo tan sobrecogedor.

Tenía aire, agua, y alimentos suficientes; y bastante energía para reciclarlos cuantas veces fuese necesario. Su motor le serviría en todo esto.

Estudió la línea de fuerza, o lo que fuese, que le tenía prisionero. Las grandes rocas que había en ella, algunas de las cuales eran casi del mismo tamaño que su vehículo, parecían no alterar nunca sus posiciones relativas. Pero fragmentos más pequeños se movían con cierta libertad en diversas direcciones a velocidades muy lentas.

Se levantó de su asiento y se volvió. Un solo paso hacia atrás le llevó hasta la curva de cristal. Miró hacia afuera, intentando localizar a su enemigo. Allí, a menos de un kilómetro de él, estaba el vehículo del Asesino que al perseguirle le había empujado hasta allí. Y estaría atrapado igual que él en un cinturón de desechos espaciales. Sus localizadores estarían sin duda centrados en él, y le verían moverse y sabrían que

estaba vivo. Si podían cazarle, lo harían así. Las computadoras de los Asesinos no perderían tiempo en contemplar el escenario, de eso no había duda.

Como para confirmar su pensamiento, brotó de la nave de los Asesinos el resplandor de un rayo. Pero el rayo era plateado y tenía un aspecto extraño, y avanzó sólo unos metros entre explotantes rocas y polvo, antes de estallar como una traca de fuegos artificiales. Esto añadió polvo a una nube que parecía espesarse frente a la nave perseguidora. Probablemente la máquina llevase mucho tiempo disparando, pero aquel espacio extraño no toleraba armas energéticas. ¿Proyectiles, entonces?

Sí, proyectiles. Vio que su perseguidor lanzaba uno. El delgado cilindro avanzó feroz en su dirección y luego desapareció. ¿Hacia dónde? ¿Había caído en la hipermasa? Si había caído en ella tenía que haberlo hecho a velocidad invisible.

En cuanto localizó el primer resplandor de otro proyectil, Karlsen volvió intuitivamente los ojos hacia abajo. Vio un chispazo instantáneo y una explosión en la primera línea de fuerza que había debajo; de la sierra saltó un diente. La explosión del proyectil sobre la roca había enviado ésta hacia adelante a una terrible velocidad, y el objeto pasó ante Karlsen, que lo perdió de vista casi inmediatamente. Aquel objeto arrastraba sus ojos y comprendió que había estado observando a la nave perseguidora no con miedo sino con una especie de alivio, como un medio de distraerse y de no enfrentar... todo aquello.

—Oh, Dios mío —dijo en voz alta, mirando hacia adelante. Era una oración, no un juramento. Lejos, más allá del horizonte infinito de lento girar, se alzaban monstruosas nubes de cabeza de dragón. Contra la negrura del espacio, sus cabezas opalinas parecían formadas por una materia que iba materializándose de la nada para hundirse en la hipermasa. Pronto se alzaron los cuellos de los dragones sobre el borde del mundo, recorridos por masas arcoiris de materia que goteaban y caían con una velocidad que parecía irreal. Y aparecieron luego los cuerpos de los dragones, nubes que palpitaban con luminosidad blancoazulada, suspendidas sobre las rojas entrañas del infierno.

El inmenso anillo, del que el hilo de rocas de Karlsen era un componente, corría hacia las prominencias como la hoja de una sierra circular. Y mientras brotaban del horizonte se elevaban mucho más allá del nivel de Karlsen. Se retorcían y erguían como caballos locos. Debían ser mayores que planetas, pensó. Sí, mayores que un millar de Tierras o *esteels*. La gigante banda en que él se hallaba iba a quedar aplastada entre ellas..., y entonces vio que, incluso mientras pasaban, seguían estando enormemente distantes de él por ambos lados.

Karlsen dejó que se cerraran sus ojos. Si los hombres se atrevían alguna vez a rezar, si se atrevían alguna vez a pensar en un Creador del Universo, era sólo porque sus mentes minúsculas nunca habían podido visualizar una milésima parte..., una millonésima parte... No había palabras, no había analogías que la inteligencia humana pudiese utilizar para captar una escena así.

Y, pensó, ¿qué decir de aquellos hombres que no creen más que en sí mismos, o que no creen en nada? ¿Qué sensación puede producirles mirar directamente un panorama tan extraño?

Karlsen abrió los ojos. Para él un solo ser humano era más importante que un sol, fuese cual fuese su tamaño. Se obligó a contemplar la escena. Decidió controlar aquel pavor casi supersticioso.

Pero tuvo que retroceder de nuevo, al darse cuenta por primera vez de cómo estaban comportándose las estrellas. Eran todas agujas blancoazuladas, las primeras ondas de su luz agolpándose en una estampida sobre aquel precipicio de gravedad. Y tal era su velocidad que Karlsen pudo ver que algunas estrellas se movían levemente en cambios de paralaje. Podía tener percepción de profundidad de años luz, si su mente pudiese llegar a tanto.

Retrocedió hasta su silla, se sentó y se ajustó los correajes. Quería refugiarse dentro de sí mismo. Deseaba excavarse un túnel, hundirse en el núcleo mismo de un inmenso planeta que le sirviera de escondite..., pero, ¿qué eran incluso los planetas más grandes? Pobres motas perdidas, poco mayores que aquella burbuja en que viajaba.

Aquí no se enfrentaba con una visión del infinito como los hombres espaciales ordinarios. Aquí había una perspectiva terrible, que empezaba con rocas de la longitud de un brazo al otro lado del cristal y que arrastraban su mente, una tras otra, línea tras línea, paso tras paso, irremediabilmente, una y otra vez, y otra y otra...

Muy bien. Al menos aquello era algo contra lo cual luchar, y luchar contra algo era mejor que pudrirse allí sentado. Para empezar, un pequeño acto rutinario. Bebió un poco de agua, que le supo muy bien y se obligó a comer un poco. Aún tendría que seguir allí durante un tiempo.

Bien, tenía que acostumbrarse al escenario. Miró en la dirección que seguía su vehículo. Una media docena de metros por delante de él, la primera gran roca, tan grande como los cuerpos de una docena de hombres, colgaba firme en la línea orbital de fuerza. Pesó y midió aquella roca mentalmente y luego trasladó su pensamiento a la siguiente gran roca, que estaba casi al lado. Todas las rocas eran más pequeñas que su vehículo y podía seguir su sucesión interminablemente, hasta que quedaban tragadas en el esquema convergente de líneas de fuerza que al final circundaban la hipermasa, definiendo el pleno terror de la distancia.

Su mente colgaba de las puntas de sus dedos columpiándose a lo largo de los intervalos de majestuosidad..., como una cría de mono que pestañea bajo la luz del sol de la selva, pensó. Como un escalador infantil aterrorizado por el tamaño de los árboles y lianas, que ahora las ve por primera vez como una red de caminos que se pueden controlar.

Entonces se atrevió a dejar que sus ojos recorrieran detenidamente aquel borde de sierra del siguiente círculo interno de rocas girando, se atrevió a dejar que su mente lo recorriera. Se atrevió a observar cómo cambiaban las estrellas con su movimiento, a ver con la percepción profunda de un planeta.

Antes de caer allí ya se hallaba casi agotado y el sueño se apoderó de él. Despertó de pronto, aterrado. La nave de los Asesinos no estaba desvalida, después de todo. Dos de sus máquinas de tamaño humano estaban fuera de su puerta de cristal, trabajando en ella. Karlsen buscó su pistola. De poco le iba a servir su pequeña arma, pero esperó, empuñándola. No podía hacer otra cosa.

Había algo extraño en la apariencia de los amenazadores robots de fuera; eran plateados, con una capa brillante. Parecía escarcha, pero sólo se formaba en sus superficies delanteras, y se desprendía de ellas hacia la parte de atrás en pequeños flecos y apéndices, como las líneas de velocidad de los dibujos hechas sólidas. Las figuras eran bastante substanciales. Golpeaban la puerta..., pero, un momento. Nadie intentaba forzar su frágil puerta. Los asesinos metálicos de fuera estaban enredados y apresados en el entramado de

plata con que los había envuelto aquel violento y enloquecido espacio. Aquella materia paralizaba sus rayos láser cuando intentaban abrirse camino con ellos. Inutilizaba los explosivos.

Después de intentarlo todo, los robots se alejaron, empujándose de roca en roca, camino de su madre metálica, llevando sus ondulantes y blancas superficies como si fuesen enseñas vergonzosas de su derrota.

Karlsen les gritó aliviadores insultos. Pensó en abrir la puerta y disparar su pistola contra ellos. Llevaba un traje espacial, y si ellos podían abrir la puerta de la nave Asesina desde dentro, él debía poder abrir aquella. Pero decidió que sería un desperdicio de municiones.

Alguna parte profunda de su mente había llegado a la conclusión que era mejor para él, en su situación actual, no pensar en el tiempo. No vio razón alguna para discutir esta decisión, y así pronto perdió rastro de horas y días..., ¿semanas?

Hizo ejercicio, se afeitó, comió, bebió y eliminó. Los sistemas de reciclaje de la nave funcionaban muy bien. Aún tenía su «ataúd» y podría disfrutar de un largo sueño..., pero no, gracias, aún no. En sus pensamientos la posibilidad del rescate se mezclaba como una esperanza con su miedo al tiempo. Sabía que en el día que había caído allí no existía ninguna nave capaz de seguirle y sacarle. Pero la tecnología espacial progresaba constantemente.

Bien podía quedar allí durante unas cuantas semanas o meses de tiempo subjetivo mientras fuera transcurriendo varios años. Estaba seguro que había gente que intentaría encontrarle y salvarle, si había alguna esperanza.

Después de sentirse casi paralizado por su entorno, pasó por un período de exaltación, y luego llegó rápidamente el aburrimiento. La mente tenía sus propias ocupaciones, y se apartó de todos aquellos resplandecientes milagros externos. Durmió un buen rato.

En un sueño se vio a sí mismo solo en el espacio. Se veía a sí mismo a lo lejos, a esa distancia en que la figura humana se achica hasta convertirse casi en una mota para el ojo desnudo. Con un brazo casi invisible, él-mismo-en-la-distancia hizo un saludo, y luego continuó caminando, alejándose, avanzando hacia las estrellas blancoazuladas. Los movimientos de las piernas eran al principio apenas perceptibles, y luego, cuando la figura empequeñecida perdió existencia frente al rostro de lo profundo pasaron a no serlo en absoluto...

Despertó con un grito. Un bote espacial había chocado con su casco cristalino, y ahora se balanceaba a poco más de un metro de distancia. Era una forma ovoide de sólido metal, un modelo que conocía, y los números y letras de su casco le resultaban también familiares. Lo había conseguido. Estaba salvado. La prueba había terminado.

Se abrió la pequeña escotilla del bote de rescate y de su cobijado interior surgieron dos figuras, una tras otra. Inmediatamente, aquellas figuras quedaron difuminadas en plata, como había sucedido con las máquinas de la nave Asesina, pero a través de las placas faciales resultaban visibles los rasgos de aquellos hombres: sus ojos miraban directamente a Karlsen. Sonreían alentándole, sin apartar sus ojos de él.

Sin apartarlos ni un instante.

Llamaron a la puerta y siguieron sonriendo mientras él se colocaba su traje espacial. Pero Karlsen no hizo ademán alguno que indicase que se proponía dejarles entrar; por el contrario, sacó su pistola.

Los otros frunció el ceño. Sus bocas, dentro de los cascos, formaron palabras: «¡Abre!» Karlsen acudió a su radio, pero si los otros transmitían algo nada atravesaba aquel espacio. Continuaban mirándole fijamente.

Un momento, indicó con una mano alzada. Tomó una pizarra y un marcador de su asiento y les escribió un mensaje.

#### MIREN ALREDEDOR EL ESCENARIO UN RATO.

Estaba cuerdo, pero quizás ellos le creyesen loco. Como si quisieran seguirle la corriente, empezaron a mirar a su alrededor. Ante ellos, más allá del tormentoso horizonte del borde del mundo, se alzaba una nueva serie de prominencias de dragonescas cabezas. Los dos ceñudos hombres miraron los dragones, rodeados de remolinos de piedras arcoiris, miraron hacia abajo, hacia las mortíferas profundidades del infierno, miraron las lanzas ponzoñosas blancoazuladas de las estrellas que se deslizaban visiblemente sobre el vacío.

Luego ambos, aún frunciendo el ceño sin entender, volvieron a mirar a Karlsen.

Éste, sentado en su silla, con la pistola en la mano, esperaba, al parecer sin más que decir. Sabía que la nave Asesina tendría botes a bordo, y que podía construir máquinas Asesinas semejantes al hombre. Aquellas casi eran lo bastante buenas para engañarle.

Las figuras exteriores sacaron también una pizarra de algún sitio.

SORPRENDIMOS POR DETRÁS A LA NAVE DE LOS ASESINOS. TODO ESTÁ BIEN. NO HAY PROBLEMA. SAL.

Miró hacia atrás. La nube de polvo alzada por las propias armas de la nave Asesina se había asentado alrededor de ella ocultándola y ocultando toda la línea de fuerza que había tras ella a los ojos de Karlsen. Oh, si pudiesen creer que aquellos eran hombres...

Ahora le hacían gestos vigorosamente, y escribían algo más.

NUESTRA NAVE ESPERA AHÍ DETRÁS DEL POLVO. ES DEMASIADO GRANDE PARA PODER MANTENERSE EN ESTE NIVEL.

Y de nuevo:

¡¡¡KARLSEN, VEN CON NOSOTROS!!! ¡ES TU ÚNICA OPORTUNIDAD!

No se atrevió a leer más mensajes por miedo a creerlos, lanzarse a sus brazos de metal y perecer en ellos. Cerró los ojos y rezó. Después de un buen rato los abrió de nuevo. Sus visitantes y sus botes habían desaparecido.

Poco después, según su percepción del tiempo, hubo resplandores de luz en el interior de la nube de polvo que rodeaba a la nave Asesina. ¿Una lucha, en la que alguien disponía de armas que funcionaban en aquel espacio? ¿Otra tentativa de engañarle? Ya se vería.

Mientras él observaba atentamente, apareció otro bote de rescate, muy parecido al primero, que salió de la nube de polvo hacia él. Se colocó a su lado y se detuvo. Otras dos figuras con traje espacial salieron y empezaron a cubrirse de láminas de plata.

Esta vez él tenía preparado su letrero.

### MIREN ALREDEDOR EL ESCENARIO UN RATO.

Como para seguirle la corriente, empezaron a mirar a su alrededor. Quizás le creyeran loco, pero estaba cuerdo. Transcurrió aproximadamente un minuto sin que se volvieran hacia él de nuevo..., uno de ellos miraba hacia arriba, hacia afuera, hacia las estrellas increíbles, mientras el otro giraba lentamente el cuello, viendo cómo pasaba una cabeza de dragón. Sus cuerpos fueron gradualmente congelándose en miedo y pavor, agarrándose y apretándose contra la pared cristalina de la nave.

Después de dejar transcurrir un minuto más para comprobar su propio casco y su traje, Karlsen drenó el aire de su cabina y abrió la puerta.

—Bienvenidos, hombres —dijo por la radio de su casco. Tuvo que ayudar a uno de ellos a llegar al bote de rescate. Pero lo consiguieron.

**FIN**

Libros Tauro